

Aguirre Aguilar, Genaro; González Suárez, Edgard

**LA VIOLENCIA: SIGNOS Y EXPRESIONES EN EL ESPACIO URBANO DEL PUERTO
VERACRUZANO**

Global Media Journal, vol. 8, núm. 15, 2011, pp. 140-161
Tecnológico de Monterrey
Monterrey, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=68718411007>



Global Media Journal

ISSN (Versión electrónica): 1550-7521

globalmedia_enespanol@hotmail.com

Tecnológico de Monterrey

México

LA VIOLENCIA: SIGNOS Y EXPRESIONES EN EL ESPACIO URBANO DEL PUERTO VERACRUZANO

Genaro Aguirre Aguilar
Edgard González Suárez
Universidad Veracruzana

Resumen

En algunas ciudades latinoamericanas (Ciudad Juárez, Sao Paulo, Río de Janeiro, Medellín, San Salvador, entre otras) el crimen organizado protagoniza cotidianamente actos de extrema violencia y crueldad, lo que sin duda parece estar redefiniendo el espacio público urbano, por lo tanto, las formas de habitar las ciudades de hoy y sus formas de enunciación, se han transformado considerablemente. El paisaje citadino se ha transformado: otros actores sociales, otras narrativas y otras maneras de entender la vida en la urbanidad van redefiniendo todos los días la experiencia ciudadana. Aquí los medios de comunicación junto al Internet juegan un papel preponderante por la forma en que tratan el acontecimiento así como por la manera en que el crimen organizado ha generado sus propias fórmulas de visibilidad. Todo esto es analizado a la luz del incremento en la violencia urbana y el narcotráfico que se ha vivido en Veracruz y su conurbación en los últimos años.

Abstract

The violence that in the latianoamerican cities (Ciudad Juárez, Sao Paulo, Río de Janeiro, Medellín, San Salvador, among others) heads the organized crime, seems has come redefining the urban public space, therefore the forms to inhabit the cities of today and their forms of enunciation. The citadino landscape has become: other social actors, other narratives and other ways to understand the life in the large city are redefining the citizen experience. Here the mass media next to the Internet play a preponderant role by the form in which they treat the event as well as by the way in which the organized crime has generated its own formulas of visibility. All this is analyzed in the light of the increase in the urban violence and the drug trafficking has lived in Veracruz and its conurbation in the last years.

Introducción o génesis de la violencia criminal

¿Qué tan “racional” es lo irracional?, nos podríamos preguntar a propósito de la violencia urbana contemporánea, de la violencia inusitada vivida en los últimos tiempos –pública, visible y cercana a los habitantes del puerto veracruzano y su conurbación. ¿Cómo explicar o definir un fenómeno emergente en su configuración, amplitud y crudeza? He aquí algunas claves para analizar la transformación de los espacios urbanos, los procesos de territorialización¹ como dispositivo para responder al cambio, a las sacudidas que la vida observa en estos días de asalto criminal. Para ello es necesario indagar en sus antecedentes, mismos que se remiten a un hecho violento, público y publicitado, que cambiara la manera de observar en los veracruzanos, no solo a la violencia, sino al delito, a la autoridad, a la delincuencia organizada; a los vecinos, a la comunicación social y a la propia ciudad.

¹ La territorialización se entiende a partir de los intentos de resistencia local, focal de carácter múltiple, y que permiten construir formas “alternativas” frente al gran Hegemon; un espacio de encuentro entre diversas identidades que “luchan” por imprimir y reproducir sus formas de consumo y absorción de los mensajes socioculturales en un espacio determinado, puede ser una colonia, un barrio o una ciudad, si bien el concepto de territorialización alude al espacio geográfico, lo cierto es que este contiene todo el sin fin de mensajes situados y significados por los participantes. Dicho de otra forma, cada uno de los pueblos sigue defendiendo sus espacios, sus territorios, su tiempo socialmente significado, todo lo cual es una defensa de su propio patrimonio, de tal manera que se renueva el papel de las identidades y la importancia de la nación, donde la vida social continua adquiriendo significado (Ianni, 1996).

Sería en marzo de 2007 cuando una balacera protagonizada por miembros de los grupos delictivos denominados “Gente Nueva” y el “Cartel del Golfo”, daría inicio a la producción de narrativas que sobre la violencia conocería la sociedad veracruzana, expresiones, metáforas, imágenes que alimentarían el imaginario colectivo pero igual definirían la vida de los jarocho: tras coincidir en una carrera de caballos en Villarrín, comunidad cercana al puerto de Veracruz, el choque entre bandas rivales culminó con la muerte de Efraín Teodoro Torres (conocido como el Z-14) y otros sujetos pertenecientes al grupo de “Los Zeta” (Ravelo, 2009), sería el evento que desencadenaría una ola de violencia que tomó por sorpresa a las autoridades y la propia ciudadanía.

Si la globalización² se define a partir del intento por estandarizar realidades articuladas en un mundo regido por el libre flujo de capitales financieros, la producción y circulación de bienes culturales, el desarrollo y predominio tecnológico, así como la producción y distribución de conocimientos; se tendría que reconocer el papel que en esta ordenanza global también juega el crimen organizado. Por ello, si en la zona conurbada Veracruz-Boca del Río las formas de modernidad global se observaban desde hacía un par de décadas, sería en el segundo lustro de la primera década del siglo XXI, cuando otro actor en la globalización cobrara presencia: el crimen organizado, el mismo que desde aquel marzo se haría visible para sumarse al paisaje urbano porteño.

² Para profundizar sobre la idea de flujos en la globalización, Ver Castells (1995) y Appadurai (1990).

A partir de entonces, la configuración del espacio público y sobre todo el urbano cambió: la gente murmuraba, contaba historias, inventaba sucesos, testimonios que alimentaban la imaginación pero igual daban constitución a narrativas que cimbraban la vida cotidiana. La ciudad, de pronto se miró así misma acechada, acosada y atemorizada por la delincuencia organizada y la violencia que la acompaña. No solo a partir de las historias contadas en cafés, escuelas, parques, antros y calles sino por la exposición pública a través de los medios de comunicación, del registro fotográfico y los videos que circularon en Internet o del propio posicionamiento que los delincuentes alcanzaron por distintas vías de comunicación, la sociedad veracruzana comenzó a incorporar en sus imaginarios historias, personajes que caracterizaban lo que estaba ocurriendo. Por otro lado, el lenguaje utilizado por analistas políticos, periodistas y especialistas en el estudio del narcotráfico, semantizaron las formas de comunicación o actuación del crimen organizado encontrando en el prefijo “narco”, el mecanismo de estigmatización: narcomantas, narcomensajes, narcovideos, narcofosas, narcoejecuciones; formas de expresión que fueron sedimentando un lenguaje que permitía nombrar los eventos que cada vez fueron más comunes en la conurbación. La vida cambió, las percepciones se modificaron, los ciudadanos pudieron ver cómo en la ciudad otros actores sociales (en este caso los criminales) tomaban relevancia y su presencia se hacía pública y notoria. En una mirada crítica, se diría que la población veracruzana, al enfrentar una nueva realidad en el segundo lustro de la primera década del siglo XXI en México, tuvo que experimentar otros signos de la modernidad global que no

se correspondían con lo acostumbrado: dilemas, tensiones, incertidumbres de una sociedad en riesgo (Beck, 2006)

En esta coyuntura, una ciudad medianamente apacible pero bullanguera a la menor provocación, dio paso a una ciudad cauta, expectante, silente, traicionera. La gente empezó a hacer recomendaciones a sus hijos, los antros se rodearon de historias: “ahí van Los Zetas” “ese antro lo controlan los narcos”, “en ese antro Los Zetas se llevan a las chavas”, “las infracciones de tránsito por la noche son para Los Zetas”, entre otras expresiones que fueron sumándose a las leyendas urbanas, al folclor citadino en un contexto cultural que de eso no tenía memoria. Los más viejos dejaron de salir a “lugares peligrosos”: ¿una plaza comercial?, ¿un cine?, ¿un banco en la esquina de tu casa? Cualquier lugar era susceptible de generar un cierto temor. Como lo plantea José Alfredo Zavaleta Betancourt, investigador del Instituto de Investigaciones Histórico Sociales de la Universidad Veracruzana, de ser una entidad con bajos índices de violencia, hoy es posible sostener que: “La delincuencia se ha incrementado en el estado en los años recientes al igual que la violencia con la cual se cometen algunos delitos, sobre todo aquellos ligados al narcotráfico.” (Zavaleta Betancourt, 2009)³ En este contexto, el sentimiento de inseguridad entre la población -asegura el investigador- se incrementó: “5 de cada 10 veracruzanos dice sentirse inseguro, 3 de cada 10, han sufrido algún delito, 4 de cada 10 conoce a alguno que lo haya sufrido...”,

³ En consideración a la naturaleza del trabajo realizado por este investigador universitario, nos tomamos la licencia para referir un conjunto de datos que aparecen en su texto sobre la seguridad pública, publicado en el portal informativo *Servicios Profesionales de Información*, referido en las fuentes de consulta.

para después sostener que el sentimiento de inseguridad entre los veracruzanos “contrasta positivamente con la delincuencia media nacional y la pasmosa actitud gubernamental que ha considerado el miedo de los veracruzanos como una mitología urbana”.

Es importante asegurar que el sentimiento de inseguridad que observa la población veracruzana se focaliza en lugares públicos: “El 17.3% tienen miedo en los bares, el 36.7% tiene miedo en la calle y el 19.1% en el transporte urbano.” (Zavaleta Betancourt, 2009) Es decir, un espacio urbano que dejó de ser aquel del que gozaba una población que en las tardes y las noches aprovechaba para construir una apacible vida cotidiana.

Paralelo a lo anterior, al asalto y acecho de la violencia, la ciudad modificó su paisaje: en colonias populares aparecieron casas que no se correspondían con los ingresos generales de sus habitantes. El gasto superfluo se hizo evidente: carros “arreglados” con potentes equipos de sonido y televisión, restaurantes de prestigio que en ocasiones cerraban sus puertas para comensales especiales. Los vecinos comenzaron a asumir como prudencia guardar silencio, mientras el dinero hacía visible hasta lo impensado. Las calles y principales avenidas se vieron transitadas por camionetas pickup, Lobos, King Ranch, Humers y motocicletas Harley Davinson. Independientemente de su origen, la gente las asoció a los narcos. Fomentada en los antros, la música banda penetró en algunos círculos sociales, los narcocorridos se hicieron audibles y accesibles. Desplazaron a la músicaailable, al pop y la salsa. La imagen urbana se transformó: casas de seguridad, residencias lujosas, negocios asociados al narco, centros de reunión y venta redefinieron la ecología jarocho.

La vida ciudadana se evaporó: el miedo a comentar públicamente se hizo patente, se modificaron hábitos de consumo: los “antros”, famosos entre los jóvenes de la clase media acomodada, empezaron a ser centros de reunión de los *dealers* de la ciudad y sus “Jefes de plaza”, para también llegar a ser puntos para el ajuste de cuentas entre ellos; situación que llevó a algunos ciudadanos “optaran” por divertirse en casas particulares y con amigos de todos conocidos; cambiaron las rutas de tránsito nocturno. En fin, la estrategia defensiva y de redefinición del espacio público se activó de inmediato.

El Gobierno Estatal, previendo una territorialización y apropiación de algunas zonas urbanas por parte de la delincuencia dentro de la ciudad, se hizo presente intentando mantener el “negocio” en niveles tolerables y lo menos visible para la ciudadanía. Sin embargo, el poder corruptor del narcotráfico acabó infiltrando a las corporaciones policiacas estatales, quienes devinieron en “protectoras” y “escudos” ante la presencia de los grupos rivales, o incluso ante las fuerzas federales. La presencia, el control del narco sobre las fuerzas estatales se hizo evidente cuando comenzaron a hacerse públicos, datos alarmantes no sólo en torno a la infiltración sino a la “participación” y “función” de las propias instancias de la seguridad e impartición de justicias en la conurbación. La violencia se mostró estructural, cotidiana.

El narcotráfico y la trata de personas se hicieron visibles, aumentando el sentimiento de inseguridad en la ciudadanía veracruzana. Un barrido genérico sobre el delito en Veracruz muestra no solo su incremento en los últimos años, sino cierto sentimiento de abandono e indefensión de la ciudadanía:

Los delitos del fuero común se han incrementado en Veracruz en términos absolutos durante el periodo 2004-2007. En 2002 se cometieron 65,523 delitos, mientras que en 2007, 76,560. Los delitos del fuero común que más se incrementaron en este periodo fueron el robo, los daños y las violaciones. Los delitos con mayor tasa delictiva son el robo, los daños, las lesiones y las violaciones. (Zavaleta Betancourt, 2009)

Según datos del Instituto Ciudadano de Estudios (ICESI) sobre inseguridad el robo es un delito que experimenta internacional y nacionalmente una baja, en Veracruz va a la alza, caracterizado por el robo común, el abigeato, los asaltos bancarios. Los municipios con mayor tasa delictiva son Pánuco, Ozulama, Huayacocotla, Poza Rica, Martínez de la Torre, Perote, Xico, Veracruz, Boca del Río, La Antigua, Minatitlán, Las Choapas, Coatzacoalcos, Acayucan, Tierra Blanca y Cosamaloapan. Observar estos datos, permite dimensionar el problema delictivo, al mostrar el crecimiento sostenido del volumen de los delitos, particularmente entre el 2005 y el 2007. (ECESI, 2009)

Paralelo a lo anterior y siendo el narcotráfico un fenómeno de recién aparición en el estado y especialmente en la conurbación Veracruz-Boca del Río, como académicos interesados en comprender tal fenómeno, nos planteamos algunas preguntas para conducir este ejercicio de análisis, entre las que se destacan: ¿Cómo se hizo cotidiana este tipo de violencia?, ¿qué otros actores sociales comenzaron a hacerse visibles?, ¿qué dinámicas y prácticas ciudadanas se trasmutaron?

En esta coyuntura, este ejercicio teórico-reflexivo procurar colocar en el horizonte analítico algunos matices socio-antropológicos y comunicativos que permitan comprender las agendas, los itinerarios como las experiencias que tras la aparición de la violencia organizada se vive en la zona conurbada Veracruz-Boca del Río. Para ello

hacemos una aproximación de carácter empírico procurando definir un entramado conceptual que fundamente nuestra perspectiva, así como un acercamiento referenciado al papel que juegan los medios de comunicación convencionales y emergentes en la articulación de un entramado del miedo no sólo a través de la redefinición de la agenda informativa que se ha vivido en la conurbación, sino por la estrategia para el posicionamiento que el mismo narcotráfico ha venido realizando mediante los usos de las nuevas tecnologías y de las más rupestres.

Acercamiento teórico: Violencia, de territorios y sus expresiones.

Pareciera que en México nos hemos ido acostumbrando a reconocer y entender la violencia como una suerte de “lugar común”, sin embargo es importante señalar que lejos estamos de entenderla y menos de explicarla, cuanto más si se reconoce lo polifónico del término al buscar entenderla como categoría para el análisis, pues teóricamente es prácticamente imposible uniformar una concepción en torno a la violencia, pues como bien señala Roberto Briceño-León, la palabra “se emplea para referirse a un conjunto de hechos y situaciones tan heterogéneos que parecieran no tener ninguna conexión entre sí, mientras persiste poca preocupación por diseñar sus postulados básicos...” (Del Olmo, 2000, p. 76). Afín a estas expresiones, la misma autora asegura que el término muestra una cierta ambigüedad que complejiza el establecimiento de una certeza técnica jurídica en su uso y definición, en virtud de ser aplicado para calificar eventos matizados por lo político.

Por otro lado, si bien la Sociología es una disciplina que ha

depositado especial interés en el concepto “violencia”, para el investigador colombiano Álvaro Gúzman como categoría permanece en un estado nebuloso, indeterminada su definición, aun cuando siempre se le ha ligado a aspectos como: “poder, explotación, coacción y autoritarismo, además de [...] dominación y conflicto.” (Guzmán, 1990, p. 3) En tanto, Marcos A. Jiménez, plantea que cuando se habla de violencia es para hacer referencia “a las transgresiones y atracos cometidos por individuos o grupos organizados con fines criminales que agravan el cuerpo, la vida y los bienes de otros sujetos...” (Jiménez, 2007, p. 18); para complementar señalando que las manifestaciones violentas están relacionadas con: “violaciones, golpes, asesinatos, linchamientos, secuestros...”, entre otras variantes, por lo que pareciera es consustancial a la naturaleza humana aun cuando es irreducible a aspectos relacionados con lo bueno y lo malo (Jiménez, 2007). En el mismo tenor, Luis E. Gómez plantea la necesidad de reconocer que los signos de la violencia están relacionados con distintas razones que, en ocasiones, se escapan a formulaciones racionales, pues:

...cuando mucho podemos hablar de la contraposición entre libertad y constreñimiento, entre dominación y emancipación, entre disponibilidad de bienes y carencias, entre oferta y demanda, entre desacuerdo y beligerancia, entre volición y necesidad, entre deseo y satisfacción o placer, incluso un enfoque particular que privilegia la contraposición entre bienes y rencor.” (2004, p. 195)

A partir de estas posiciones, se puede sostener que en tiempos como los vividos, la violencia se asocia casi exclusivamente al fenómeno de la criminalidad, sea en lo individual como en lo colectivo, si reconocemos el protagonismo que ha cobrado el llamado crimen organizado, el cual ha recrudecido las formas de violencia, repercutiendo en la seguridad y los

miedos de una sociedad que se ha visto amenazada con tales síntomas. Desde esta perspectiva, según Briseño-León, la violencia puede ser entendida como: “El uso o amenaza de uso de la fuerza física con la intención de afectar el patrimonio, lesionar o matar a otro o a uno mismo” (Del Olmo, 2000, p. 76); definición bastante cercana a la que propone la Organización Mundial de la Salud, al relacionarla con: “El uso deliberado de la fuerza física o el poder, ya sea en grado de amenaza o efectivo, contra uno mismo, otra persona, un grupo o comunidad, que cause o tenga muchas probabilidades de causar lesiones, muerte, daños psicológicos, trastorno del desarrollo o privaciones.” (Organización Panamericana de la Salud, 2003, p. 5)

Si bien en un trabajo como éste no se puede agotar la discusión en torno a la violencia, finalmente consideramos pertinente referir a la OMS para mostrar la tipología que esta organización reconoce: a) **violencia autoinferida**, es aquella que la misma persona puede infringirse, misma que suele terminar en comportamientos autodestructivos, intentos de y el suicidio mismo; b) **violencia interpersonal**, referida a la agresión que puede sufrir una persona a manos de un segundo. Es interpersonal entre conocidos o no, y se clasifica por la edad y sexo de la persona agredida; c) **violencia organizada**, consiste en comportamientos agresivos llevados a la práctica por grupos sociales o políticos motivados por objetivos específicos de carácter político, económico o social. (2003, p. 6) En esta tesitura, la historia determina que son las guerras y los conflictos armados locales los tipos de violencia más altamente organizados que puede experimentar el ser humano. Otros ejemplos de violencia organizada son los conflictos de origen racial o religioso o entre grupos, así como la violencia entre pandillas o integrantes de mafias.

Como puede observarse, en sus distintas formas de manifestación, la violencia observa matices, grados de producción y reproducción, aspectos en los cuales es posible reconocer sus variables constituyentes, sea en lo estructural, político, social y psicológico. Es decir, si se habla de la violencia, existen condiciones que la caracterizan, determinan o promueven, destacándose aquello relacionado con sujetos o grupos transgresores, así como los lugares o espacios donde se produce.

Al respecto, pareciera que la ciudad contemporánea viene a ser un sitio privilegiado para el recrudecimiento de todo tipo de violencia, no por menos, en el imaginario fílmico, desde la década de los 30's, las metrópolis se erigieron en referente para reflejar los grados de descomposición de las sociedades modernas. Si entonces fueron San Francisco o New York, más tarde serían París, Bogotá, Río de Janeiro, pasando por México hasta llegar a Los ángeles, en cuyas calles y rincones la estética fílmica se recreó para después ceder el paso a la real encarnación de realidades violentas, especialmente hacia finales de la década de los ochenta. Para el caso mexicano, la década de los 90 representó un posicionamiento en el escenario mundial con la definición de un nuevo tipo de violencia organizada que encabezaron los cárteles del narcotráfico quienes más tarde diversificarían sus formas de operación: del trasiego a los secuestros, del robo de autos a la extorsión ciudadana, de los acribillados a los decapitados, entre otras manifestaciones criminales.

Es en este contexto, que este trabajo quiere reflexionar sobre las percepciones que sobre la ciudad y el uso del espacio público tienen los ciudadanos veracruzanos, quienes han resentido y modificado sus vidas ante la intimidadora presencia de la violencia criminal: calles, áreas verdes, parques y

jardines, centros de diversión, centros de recreación nocturna, playas, incluso cines y plazas comerciales, han dejado de ser los espacios de confianza para el solaz esparcimiento y la convivencia social; por lo menos tal y como se consumían hasta antes de los eventos relatados al inicio de este texto, pues hoy el acecho de la violencia genera dudas, inquietudes, miedos que modifican los usos y apropiaciones de espacio urbano. Bajo esta tesitura, es oportuno señalar que los estudios sobre el uso del espacio urbano se han centrado en discutir la forma en que las mujeres han ganado visibilidad en lo público, el análisis de los rasgos de adscripción urbana que tienen las culturas juveniles así como la reconfiguración del espacio-ambiental ante la emergencia de una pobreza urbana periférica. No obstante, a todas luces resulta pertinente que ante el auge de la inseguridad y del miedo asociado al fenómeno de la violencia criminal organizada en México, la academia abra líneas de análisis para expolicar y contribuir al entendimiento de un fenómeno que lacera, resquebraja y trastoca el vulnerable estado de bienestar en el que se vive.

Por eso como autores, ante narrativas emergentes que relatan historias donde la ciudad y la violencia parecen expresiones afines cual términos asociados indisolublemente, buscamos contribuir al debate desde una experiencia que trata de verse así misma. Académicos en un país que no sólo se vive sino también se narra de forma distinta, habitantes de una realidad que encuentra en la metáfora la manera casi mágica pero no por ello contundente para dar nombre a las distintas expresiones con que se construye. Al respecto, si la expresión "colombianización" por el estigma reduccionista a que conduce el término no sólo produce imágenes de un Estado-nación fallido, descompuesto,

deshumanizado, ausente de civilidad que ha sido tomado como rehén por las bandas organizadas, también muestra el quiebre de un proyecto de solidaridad colectiva, de desdibujamiento de la vida institucional en donde el espacio social, público y urbano ha sido secuestrado. Como producto de esto, “la estética del caos y la lógica del desorden, se instauran como lenguajes de lo urbano, lenguajes mestizos que crean y recrean día a día sus propios códigos narrativos en diversos territorios...” (Reguillo, 2005, p. 396)

Resultado de esto, nos dice Reguillo, un “miedo a la violencia y el sentimiento de la indefensión acuerpan, generan una comunidad de la que quedan excluidos los que no tienen un relato que aportar, una aventura terrible que narrar, un miedo confesable y, por lo tanto, honroso.” (2005, p. 394) En esta tesitura, lo observado en algunas ciudades de México con el incremento de la violencia, convierten al miedo, la inseguridad y la delincuencia, en máximas para entender el grado de descomposición que atraviesa la vida cotidiana de ciudadanos que no han tenido tiempo para sorprenderse y en poco tiempo tuvieron que vivir de la experiencia un aprendizaje de los nuevos tiempos de urbanidad criminalizada.

Hoy puede hablarse de un nuevo mapa que da cuenta del México contemporáneo ligado a la violencia organizada. Al respecto, en el marco de su investigación sobre el tipo de violencia ligada a las narco ejecuciones, Malgorzata Polanska define por regiones al territorio mexicano: Zona Norte-Occidente, Zona Metropolitana Ciudad de México, Zona Pacífico, Zona Centro, Zona Sur-Este (mayo, 2009). De acuerdo al informe 2008 de la Asociación de Investigación para el Desarrollo A.C., Entidades Federativas como Baja California y Sinaloa (violencia ligada al crimen organizado),

Chihuahua (mayor incidencia delictiva), Estado de México (mayor incidencia en el robo de autos), D.F. (elevado número de homicidios), Michoacán y Guerrero (endurecimiento de la violencia organizada), han venido mostrando una reconfiguración por la incidencia delictiva y la violencia encabezada por el crimen organizado. Esta rearticulación, también supone una forma emergente de definir su gestión territorial: los cárteles se han repartido las plazas desde donde operan pero también donde han comenzado a administrar la vida de sus ciudadanos, no sólo por la forma en que han violentado su vidas a través del chantaje y la extorsión, sino también por la redefinición de miedos o percepciones urbanas a que conduce lo simbólico y real de esta experiencia virulenta. De acuerdo a los resultados que presenta la V Encuesta Nacional sobre la percepción de inseguridad 2008, el 65% de los encuestados aseguró que ante el temor de ser víctima de la delincuencia cambió algún hábito o dejó de realizar actividades. (Centro de Investigación para el Desarrollo A.C., 2009)

En el mismo informe, se señala que para el caso de Veracruz el 45% de los encuestados percibe un incremento de la inseguridad, mientras que para el municipio veracruzano se habla de un 30%. Recién en 2009, Consulta Mitofky y México Unido contra la Violencia A.C. presenta los resultados de una encuesta nacional en vivienda tras el primer año de la firma del Acuerdo Nacional por la Seguridad, la Justicia y la Legalidad, donde se reporta que en la percepción ciudadana el 68% considera que la inseguridad es igual o peor que hace un año, donde el miedo al delito en su modalidad del secuestro y el robo a mano armada son calificados en una escala de mucho miedo con un 58.9% y 54.5% respectivamente.

Es precisamente en esta coyuntura nacional, que el estado

veracruzano en el mapa al que se hace referencia es considerado como de incidencia delictiva baja, lo que no quita que en el imaginario de los ciudadanos ya se vaya definiendo una percepción relacionada con otra manera de habitar, de nombrar la ciudad, pues sus ciudadanos han tenido que aprender a cohabitar con la violencia, a conocer de cerca las más virulentas de sus expresiones, sus otras muchas formas de acuerparse. He aquí que distintos personajes y otros relatos van dando cuenta de la vida cotidiana, especialmente en ciudades como Veracruz y su conurbación con el municipio de Boca del Río.

Estas ciudades, comienzan a encarnar los signos de la desarticulación institucional, social y de contexto a la que lleva la violencia. El espacio privado se reconfigura con la emergencia de nuevas identidades delictuales; el espacio público urbano se resignifica no sólo por los usos, también con la visibilidad de otros actores que van dando cuerpo a organizaciones criminales, quienes se agrupan en la marginalidad de la vida institucional, generando otro tipo de redes, un entramado que detona pero también implosiona la vida comunitaria urbana por las formas en que la violencia, la inseguridad y los miedos se reproducen en ellas. La ciudad y su espacio urbano, ese escenario ciudadano donde se construye la vida social urbana, en el que se interactúa desde lo diverso y complejo, se fue transmutando. De tal suerte, parafraseando a Manuel Delgado Ruiz (2002), si desde una perspectiva antropológica el espacio urbano supone un constructo diferenciado por sus múltiples narrativas, cosmovisiones y formas de vivir la ciudad, en el contexto de este análisis tenemos que reconocer cómo a través de las prácticas de la violencia que ejerce el crimen organizado, la organización espacial y

temporal del espacio público urbano en la conurbación Veracruz-Boca cambió significativamente. Tal como se había planteado ya: parece en tiempos de globalización y de posmodernidad, las ciudades están ligadas a la violencia, pues como puede verse en los números y expresiones de lo que venimos hablando, el crimen organizado, la delincuencia y sus múltiples rostros así como la violencia en que deviene su actuar, son referentes para también entender el mundo contemporáneo, específicamente una de las tantas regiones oscuras de la globalización en virtud de la internacionalización de las bandas criminales, el tráfico de drogas tanto como de armas. No por menos a finales de la década de los ochenta, el entonces presidente colombiano Virgilio Barco, ante la Asociación de Editores de Periódicos de los Estados Unidos en Washington, A. C., reconocía que los carteles del narcotráfico conformaban una “una clase criminal de carácter internacional que ha logrado refinar, hasta un punto antes desconocido, la operación ilegal del negocio multinacional de la droga...” Esto en consideración a los mecanismos de producción, distribución y exportación de enervantes; pues si bien es cierto existe un narcomenudeo, también han desarrollado una “sola cadena compuesta por varias organizaciones criminales, de muchas y distintas nacionalidades” (Barco, 1989, pp. 4-5). Sin duda alguna, la colombiana es una de las experiencias primeras en la redefinición de la vida social y urbana que ha vivido América Latina, pues como podemos reconocer ahora, el narcotráfico tuvo como labor corromper a las instituciones, desestabilizar el estado de derecho, encontrar en las juventudes su carne de cañón y violentar el espacio público.

Por lo mismo, si queremos entender a la delincuencia organizada, tenemos que situarla en el contexto de

la globalización del crimen organizado, del tráfico y consumo de drogas, pero también del incremento desbordado del tráfico de armas. El resultado de esto produce: "...condiciones de inseguridad elevadas, al punto de condicionar la vida cotidiana de los habitantes de las grandes ciudades, quienes han modificado sus hábitos de comportamiento, de movilización, de pensar e incluso de votar, con consecuencias evidentes en la forma de vivir y de apropiarse de la ciudad." (Petrella y Vanderschuerenla 2003, 216) Es decir, la globalización, generó toda suerte de contradicciones y conflictos dentro del montaje del "nuevo orden global". Este orden globalizó todo, incluso el control y trasiego de drogas. En un contexto como este, es difícil no recordar la serie de acontecimientos globales ocurridos a partir de los años ochentas, cuando una serie de eventos mostraron lo sistémico de la ordenanza global, pero también la vulnerabilidad de un país como México lo mismo de otras ciudades latinoamericanas:

1. La crisis fiscal internacional que en México casi llevó a la desaparición de una clase media que hasta antes del 94 se preparaba para cruzar el umbral de la modernidad neoliberal, pero el levantamiento zapatista acompañado poco después por el "error de diciembre", los hizo volver a la realidad abruptamente.

2. El desmantelamiento del Estado benefactor en la coyuntura histórica que representara la desaparición del socialismo real, para ceder su lugar a un proyecto neoliberal que sentó las bases con Miguel de la Madrid Hurtado pero que fuera con sus sucesor Carlos Salinas de Gortari cuando la regulación estatal fuera liberada para capitalizar lo privado junto a la inversión extranjera.

3. Un proyecto económico liberal que dejó en manos del estado el control de salarios, el desmantelamiento

de los derechos sindicales, que trajeran como resultado un creciente desempleo, el abandono del campo, las migraciones de centroamericanas que colocaran a México por su posición geográfica en una zona de tránsito para alcanzar el sueño americano.

4. Paralelo pero igual como consecuencia, el crecimiento vertiginoso de la economía informal, lo mismo que el deterioro de los servicios públicos del transporte, el suministro de agua, la limpia pública, etc.

5. En este recuento, una corrupción endémica que se observa en todos los órdenes del gobierno, el sistema de impartición de justicia y entre aquellos que procuran la seguridad ciudadana. El resultado:

6. El narcotráfico y la impunidad delictiva, un actor imprescindible para dimensionar las consecuencias que acarreó el abandono de un estado de bienestar que antes garantizaba un futuro posible a sus ciudadanos, pero hoy únicamente garantiza un estado de inquietud y desesperanza en muchos casos.

El conjunto de estas variables, sin duda repercutió en la calidad de vida de los habitantes en algunas ciudades latinoamericanas y en el incremento de hechos de violencia como expresión del deterioro de las relaciones sociales y los desajustes del "nuevo orden" social. Al parecer, Veracruz y Boca del Río han entrado en una escalada que los coloca como ejemplo de un a orden estructural desde sus circunstancias locales parece es resonancia de lo que viene ocurriendo en otras ciudades como Ciudad Juárez, Tijuana, Michoacán, entre otras.

De la estética visual al paisaje real de la violencia urbana. (Un intento de narrar la ciudad, sus historias y sus personajes)

Espacios, lugares, rincones, historias, relaciones y prototipos humanos, han sido parte de una gramática fílmica en donde podemos reconocer los signos y las marcas de la amoralidad urbana, de aquellos universos que mejor reflejan las contradicciones humanas; del entramado de relaciones sociales decadentes, de lo vulnerable de la vida cuando la ciudad pasa factura a un ideal moderno que deviene pesadilla ante las trampas que suele colocar a sus personajes. Por su parte, la televisión ha encontrado en los seriales policíacos y de detectives las vetas para construir narrativas en torno a la urbanidad, donde la justicia suele enfrentarse al crimen en sus muchas facetas. En el aprendizaje de los habitantes urbanos, como en sus imaginarios colectivos, los dispositivos para el acercamiento a la violencia criminal siempre habían estado relacionados con la mediación que este tipo de relatos generaba, relatos que igual alimentaban una doxa que con el tiempo ha sido resignificada a partir de la construcción de imágenes y narrativas que reproducen eventos reales, lo que ha dejado de ser ficción para convertirse en registro mediático de la violencia vivida en latinoamérica: historias y personajes que también cohabitan en las ciudades de la modernidad global mexicana. Producto de esa relación con los medios masivos de comunicación, tenemos un paisaje articulado por relatos, imágenes, metáforas; eventos, anécdotas, personajes que forman parte de los consumos de un ciudadano que da constitución a una experiencia mediática modeladora del nuevo sujeto moderno (Thompson, 1998)

Del modelamiento visual a la realidad misma, lo que se ha venido observando en algunas ciudades latinoamericanas es la redefinición de un escenario violento, donde la inseguridad, el secuestro, el

narcotráfico, la impunidad, la corrupción han encontrado un caldo cultivo junto a la pobreza, la marginación, el desempleo, la falta de oportunidades; un entramado virulento que en ciudades sudamericanas como Medellín, Sao Paulo, Río de Janeiro, Caracas desde finales del siglo pasado ya era reconocido; una experiencia de lo que hemos comenzado a observar en México en ciudades como Cd. Juárez, Matamoros, Tijuana, Acapulco, Morelos y Veracruz.

Si bien es cierto es complejo determinar las razones que subyacen a la violencia urbana que se vive en algunas ciudades de América Latina, la hipótesis planteada por Roberto Briceño-León resulta particularmente interesante, pues asegura que es producto del empobrecimiento y la desigualdad, no tanto de la pobreza per se, un binomio estructural que – sostiene- se encuentra en la génesis de la violencia urbana que venimos presenciando desde la llamada década de perdida en algunas ciudades de América Latina (Briceño-León, 2002, p. 3). Para nosotros, es claro que los grupos criminales han instituido el “sicariato” como una plataforma que permite alimentarse de los segmentos más pobres y lastimados de la sociedad: miles de jóvenes de las ciudades suburbanas y de clase baja, con algunos estudios, pero sin expectativas de enrolarse en un empleo formal, es un ejército de reserva que es “obligado” a participar en las bandas del crimen organizado, pero que su condición de “pobreza” no es la razón de la violencia criminal. Las razones de la violencia criminal tienen su origen en la estructura organizada, en los intereses en el juego económico pero también político, en la capacidad de fuego para hacer frente a las fuerzas del orden, y sin duda, en la impunidad de que gozan los delincuentes, frente a un estado

incapaz de garantizar justicia ni seguridad a sus ciudadanos.

Como quiera que sea, todo hace ver que –por lo menos– es posible reconocer tres tipos de categorías que estarían definiendo las causales de la violencia urbana:

1. Sociales: referida a la exclusión social, a la marginación, el bajo nivel de escolaridad, el ambiente familiar, el debilitamiento de las redes sociales reales, el desencanto político y la mutación sociocultural.

2. Institucionales: relacionada con al resquebrajamiento de los órdenes sociales, la ausencia de referentes de autoridad, el debilitamiento y la inoperancia de los sistemas de justicia,

3. Condiciones físicas: vinculadas a la frágil infraestructura, a la incapacidad para la gestión y regulación del crecimiento urbano, la falta de servicios, la ausencia de seguridad y el asentamiento irregular de núcleos periféricos (Petrella y Vanderschueren, 2003, pp. 216-217)

Lo que también parece cierto, es que existe una correlación en el empobrecimiento y la falta de oportunidades relacionada con el alto índice de desempleo, los bajos niveles educativos y la coexistencia de nuevas generaciones de habitantes, quienes ante el crecimiento demográfico y el ensanchamiento irregular de la mancha urbana, ven anuladas sus expectativas de bienestar, sus aspiraciones de crecimiento personal, así como la consolidación de un patrimonio que garantice su sobre vivencia. De tal suerte mientras los primeros habitantes se vieron beneficiados por las oportunidades que la ciudad les daba, no pueden decir lo mismo hoy día quienes han nacido o llegado para habitar las geografías urbanas, sea en países desarrollados o de las llamadas economías emergentes o en vías de desarrollo. En palabras de Briceño-León:

... esta disonancia que se le crea al individuo entre sus expectativas y la incapacidad de satisfacerlas por los medios prescritos por la sociedad y la ley, son un propiciador de la violencia, al incentivar el delito como un medio de obtener por la fuerza lo que no es posible de lograr por las vías formales. (Briceño-León, 2002, p. 7)

En medio de estos dilemas, parece que se está ante la construcción de una experiencia urbana difícil, compleja, que trae como consecuencia un reacomodo en los órdenes sociales, en las formas de habitar la ciudad, de sobrevivir. Allí un síntoma de la desarticulación social producto de una ordenanza global donde también halla cabida el tráfico de armas, el crimen organizado, el narcotráfico y el consumo de drogas erosionando, lacerando, fustigando y alterando la vida de las comunidades urbanas. Entre sus sectores más vulnerables tendríamos a los jóvenes, especialmente en una generación imposibilitada para ver un futuro distinto que no sea su incorporación a la criminalidad urbana en cualquier de sus tipologías.

Baste señalar que entre los 70 y los 90 del siglo pasado, hubo un significativo crecimiento entre delincuentes adolescentes y juveniles, quienes pasaron de un 3% anual a un 5% según datos manejados por Petrella y Vanderschueren (2003). Tal situación nos lleva a mencionar un dato preocupante: según la Organización Mundial de la Salud, el 63% de los homicidios que ocurren en el mundo, son cometidos con arma de fuego, y es particularmente en América Latina, donde se presentan los porcentajes más altos, pues llega a alcanzar el 80% (Briceño-León, 2002). No es de sorprender entonces que, en un país como México, con un alto índice de desempleo, miles de ciudadanos especialmente de los sectores juveniles sean carne de cañón para la delincuencia organizada, no por menos

los números muestran que buena parte de quienes se han incorporado al crimen organizado (particularmente al narcotráfico y a la industria del secuestro), sean jóvenes que oscilan entre los 16 y los 27 años de edad. Como lo señala, por ejemplo, el rector de la UNAM José Narro actualmente en México hay 7.5 millones de jóvenes que en este momento se encuentran sin estudiar ni están insertos en el mercado laboral⁴.

A este paisaje de dureza urbana, se puede agregar el tipo de violencia que ha venido caracterizando el actuar del crimen organizado, pues al parecer también está relacionado con la virulencia y letalidad con que se define la violencia, trayendo como consecuencia un cierto sentido del abandono, de desesperanza; de una vulnerabilidad que conduce a un temor cada vez más latente, lacerante de las formas de convivencia elementales, una suerte de arquitectura del miedo que se ha venido configurando al amparo de una estructura criminal, violenta que invade los ámbitos de la vida cotidiana en ciudades del norte, del centro como del Golfo de México, obligando en muchos casos a repensar – incluso – conceptos como espacio público, ciudadanía, en virtud de la forma en que las ciudades viven las violencias, tanto la criminal como del desarraigo y la exclusión:

En las ciudades contemporáneas, latinas y mexicanas en lo particular, existe una territorialización o geografía de las violencias, que actúa delimitando territorios, formas de ocupación y uso de ciertos espacios, los cuales hablan de una percepción generalidad de inseguridad y de miedo, al tiempo que desaparece la confianza e insta a la búsqueda de espacios privados,

mientras crea las condiciones para la producción y reproducción de la violencia. La violencia termina siendo una forma de significación (Blair, 2002, p. 616), que pasa a habitar en los imaginarios tanto como en las maneras de vivir en ciudades que conforman el mapa de la violencia en México, donde parece que también Veracruz y Boca del Río van encontrando su lugar.

Por ejemplo, en estas ciudades, la resignificación abrupta del “antro”, que de un espacio para bailar y beber entre los diversos grupos sociales (destacándose los jóvenes), pasó a ser un territorio para el uso apropiado de los “narcos”, especialmente cuando a su llegada el personal del local se pone a su servicio, ya sea por temor o por beneficio económico o como víctimas de una violencia “simbólica” que se manifiesta en la vestimenta, el lenguaje, los accesorios, los automóviles, que culmina con un determinado tipo de música para oír y bailar.

Para el caso veracruzano se ha dicho, a partir del 2007 y especialmente en el primer semestre del 2009, un sentimiento de temor, de desamparo repta y circunscribe lo cotidiano, obligando a los ciudadanos vivir a la expectativa de los últimos acontecimientos delincuenciales, al borde del rumor sobre decapitados, levantones, enfrentamientos, extorsiones y persecuciones; de un miedo por lo que se consideran días donde la inseguridad asola la ciudad, imponiendo un sigilo, un silencio frente al enemigo que ha pasado a ocupar un lugar de referencia en la ciudad. Por ello, válido es suponer que la violencia engendra dolor y sufrimiento humano, un malestar psicológico producto de un miedo para el que no estaba preparado pero que los habitantes de Veracruz y Boca del Río han tenido que incorporar a sus vidas como parte de una tenebrosa experiencia de cotidianidad, como ejemplo vivo de esa “epidemiología del

⁴ “Sin trabajar ni estudiar, 7.5 millones de jóvenes: Narro”. Noreste.com.mx [13/01/2010]

horror [que] acecha en las ciudades. En [la] multiplicidad de tipos de violencia, [donde] las interacciones cotidianas se convierten en rituales y prácticas fundadas sobre ella.” (Blair, 2002, p. 63)

La violencia entonces no es algo “patológico” o “cultural”, al contrario expresa la tensión en el conjunto de relaciones sociales que entretejen los grupos e intereses asentados dentro de las ciudades –en los negocios ilegales, con los llamados alcones o los distribuidores en pequeños-, que no pueden resolver sus disputas de otra forma que la violencia, por lo tanto: la autoridad confronta o pacta con los grupos delictivos y los grupos delictivos se confrontan o pactan entre ellos. Los pactos permiten “funcionar”, los desacuerdos incitan a la violencia. Así, los grupos delictivos funcionan como verdaderos grupos de interés “comerciales”, presionan, deciden, conducen y hasta legislan. La relación discreta entre criminales y políticos (alcaldes, diputados, senadores y gobernadores) impide procesar los conflictos bajo las leyes vigentes. En medio de esto, una ciudadanía porteña que ante lo emergente o novedoso del fenómeno no sabe o suele desconocer en sus entrañas estructurales de un poder que genera intereses, condiciones letales para los usos del espacio público en la ciudad, la convivencia ciudadana y la manera en que habita la ciudad; una cotidianidad acechada por una violencia criminal que invade o toma por asalto el espacio público urbano.

Efectos colaterales: los medios y el submundo del narco

El 1 de junio de este 2009 en un operativo donde participaron agentes de tránsito municipal fue detenido y secuestrado el agente aduanal Francisco Serrano Aramoni. Videos localizados en

los patios del recinto aduanal y del puente Morelos de la ciudad de Veracruz, evidenciaron el secuestro. El 9 de junio, unos 80 elementos de la Marina, Ejército y la Policía Federal Preventiva tomaron el control del Penal Ignacio Allende desde las 11:00 de la noche, para sacar a más de 200 reos, en medio de denuncias acerca del control del penal por parte de la delincuencia organizada. Dos días después, el 11 de Junio de 2009, en una visita del Presidente Felipe Calderón al puerto de Veracruz (a propósito del secuestro del Agente Aduanal) pronuncia una advertencia: “Que se entienda claramente, que la acción del gobierno seguirá y se redoblará; mientras sigan existiendo en México actos tan repudiables como éste, mientras siga habiendo acciones de secuestro, de extorsión, de afectación a la ciudadanía que quiere vivir en paz, más seguiremos trabajando arduamente para enfrentar, encarcelar, combatir y erradicar a la delincuencia organizada de nuestro país.” (Jiménez, 2009)

En las calles, los cafés, los hogares veracruzanos esta declaración tuvo diversas lecturas, pues si bien mostraba el endurecimiento de un gobierno federal dispuesto a no conceder tregua en su “guerra” contra el crimen organizado, en el imaginario ciudadano nada se movía. Por aquellos días en Internet circulaba un video donde se aseguraba que el administrador de la aduana había sido ejecutado prácticamente tras su levantamiento.

En tanto, los analistas no quitaban el dedo del renglón: la plaza veracruzana se había repartido entre los cárteles del narcotráfico, y esto había sido convenido también con el gobierno y la clase política estatal. Ricardo Ravelo meses después lo volvería a señalar: “el narcotráfico no puede

funcionar sin el apoyo político local o federal”⁵. Con otras palabras diríamos: la vida diaria en la ciudad de Veracruz y su conurbación, comenzó a entenderse en el “funcionamiento”, articulación y la comisión de este delito. A ojos vistas, en la penumbra de la discreción y complicidad de la autoridad el crimen se instaló y comenzó a reproducirse en todas sus facetas.

Por otro lado, otro tipo de violencia serpentea en las calles: los “malos” ganaron espacios por toda la ciudad, sus carros son visibles, su fisonomía, su vestimenta, “su cultura” fue objetivándose para perfilar nuevos personajes o usuarios de la ciudad: compran víveres, se divierten, descansan, “trabajan”, todo bajo la mirada del vecindario, la autoridad y quienes tendrían que velar por la seguridad ciudadana. Algo que parece confirmar el presidente Felipe Calderón, al asegurar que casi la mitad de los agentes policiales municipales y nacionales habían sido evaluados como “no recomendables”.⁶

Una suerte de engranaje perfectamente aceitado muestra la forma en que el crimen organizado construye sus redes, define sus zonas de control y administra sus negocios: pactos y arreglos dan funcionamiento al trasiego, lavado de dinero y narcomenudeo. Cuando no, los enfrentamientos y ejecuciones ante la pérdida de arreglos y consensos para mantener en límites aceptables el “negocio”. Como ya lo ha dicho Edgardo Buscaglia, asesor del Instituto de Entrenamiento para el

Mantenimiento de la Paz de la Organización de las Naciones Unidas: “Estamos enfrentándonos a grupos criminales que se esconden detrás de empresas [...], empresas en donde están involucrados políticos y empresarios famosos que salen en las revistas.”⁷

Lo irracional se vuelve racional, adquiere presencia espacial, alianzas sociales, confianza plena para el funcionamiento del “negocio”, su estancia en la ciudad y en las zonas aledañas está a la vista de todos. Solo cuando los consensos y “arreglos” se deterioran, sobrevienen los conflictos por la “plaza”, los enfrentamientos entre bandas rivales y entre bandas y autoridades. La violencia se desata, se hace visible, se hace pública, llega a los hogares de la gente común, la imas que en el lenguaje de “la guerra” que encabeza el gobierno federal, si llega a perder a una familiar no será una víctima sino un “daño colateral”. Los “nuevos” actores cercan el espacio urbano al generar límites relativos en aras de contender por la soberanía en el mismo, para esto, “tienen la posibilidad de movilizarse con algunas dosis de confianza, hacen presencia efectiva en esos espacios, excluyen a los bandos contrarios, realizan actividades según sus intereses y, en general, procuran sincronizar sus actividades delictivas frente a aquellos con quienes ahora comparten el espacio público. Para lo cual “cuentan con una base social que utilizan y manipulan dependiendo de las circunstancias, a tal punto que crean redes de solidaridad y confianza y hacen ejercicio del poder, desde la lógica de

⁵ Entrevista radiofónica a Ricardo Ravelo. XEW, 24 de septiembre de 2009.

⁶ “Calderón reconoce que la mitad de los policías mexicanos son «no recomendables». EnElPaís.com.: <http://www.elpais.com/articulo/internacional/Calderon/reconoce/mitad/policias/mexicanos/recomendables> /eIpepuint/20081128elpepuint_3/Tes

⁷ Declaración aparecida en distintos medios electrónicos. En este caso es tomada la referencia de la nota: “Políticos y empresarios detrás, de La Familia: advierte analista. Enelportallinformador.com.mx. <http://www.informador.com.mx/mexico/2009/122572/6/politicos-y-empresarios-detras-de-lafamiliaadvierteenanalista.htm>

los actores del conflicto.” (Carvajal Panneso, 2008, p. 2)

La profesora de la Universidad Autónoma de Madrid Laura Tedesco cuando analiza los logros del gobierno mexicano en su lucha contra el narcotráfico, asegura que:

...lo que el gobierno ha logrado es que cada vez sea más difícil trasladar la droga por el territorio mexicano hacia Estados Unidos. No obstante, pondera que las consecuencias han sido más bien negativas, “ya que grandes cantidades de cocaína se quedan en México y están siendo comercializadas en su territorio. (Tedesco, 2009, p. 11)

El resultado de ello es que la droga sea más accesible para sus consumidores, especialmente jóvenes, produciendo una lucha entre los cárteles por el control de las plazas en territorio mexicano. “Esta lucha por el control de los mercados mexicanos ha recrudecido la violencia entre los cárteles en el país. Estos luchan entre ellos para afianzarse en los mercados y para controlar a los políticos y a las fuerzas de seguridad locales”. (2009, p. 11)

Con esto tenemos que la “plaza” es tomada por el grupo o banda más fuerte, estableciendo rutas de entrada y salida de droga, días y cargamentos. Todo ello supone encontrar los mecanismos para el eficiente “funcionamiento” de la industria, por lo que se necesita corromper a las autoridades aduanales, ministeriales, tránsito vehicular y federales de caminos. A todos se les paga en efectivo, a otros con “mercancía”. Estos se vuelven los principales distribuidores en las ciudades, se aprovechan de los sectores más desprotegidos y ávidos de dinero, de status, jóvenes casi siempre, quienes rápidamente acceden a ganancias nunca antes vistas, tienen acceso a una calidad de vida antes envidiable.

Aun cuando la postura del gobierno federal es clara, la llamada

guerra contra el narcotráfico para algunos especialistas es un “sin sentido”, si se toma en cuenta que aun con la fuerza de la ley y el supuesto apoyo de los gobiernos estatales, el crimen organizado sigue operando y encarnando las fórmulas más lacerantes de la violencia tanto la real como la simbólica. Algo que ha sido posible reconocer en Veracruz y Boca del Río, entidades municipales que han visto sorprendidos sus días con una virulencia que se ha mostrado en mayor o menor medida, pero siempre latente a partir de los sucesos de Villarin.

Resultado: un espacio público acechado, circunstanciado, repensado para ser usado por una ciudadanía que de un día para otro entendió que la estética, las expresiones, los signos de la violencia podían estar más cercanos a ellos que lo que hubieran deseado. Bajo sospecha el vecino que de pronto cambió su estilo de vida; en el asombro, tras el video que delata gente ligada al crimen organizado y resulta conocida; entre los nuevos personajes urbanos, los sicarios responsables del último levantón; del espacio urbano, nuevos usos al ser depositario de cuerpos flagelados, mutilados, desaparecidos. Todo ello en la definición de una agenda urbana que en sus inicios tuvo cabida en los medios de comunicación locales, hasta que hubo un llamado a los medios de comunicación por parte del gobernador del estado para no magnificar ni apologizar en torno a la violencia que se observaba en la conurbación, que redundó en una (auto)censura.⁸

Desde el gobierno estatal se hizo patente: cada vez menos explícito fue la recreación del acontecer criminal y violento, hubo mayor precaución en el

⁸ “Acusa Fidel Herrera a medios de magnificar violencia en Veracruz” <http://www.eluniversal.com.mx/notas/417700.html>.

manejo informativo, especialmente al darse a conocer una lista de periodistas supuestamente ligados al narcotráfico. Como quiera que sea, el primer semestre del 2007 el incremento en el índice de violencia organizada se sedimenta: decapitados, “levantones”, desapariciones, balaceras, narco-mantas, extorsiones, continuaron formando parte del paisaje jarocho y boqueño. Paralelo a ello, *youtube.com* pasó a convertirse en un referente para conocer los últimos acontecimientos tanto como para reconocer a quien terminaría por aparecer muerto y mutilado unas horas después⁹.

En Internet con la crudeza misma de lo explícito, circulaban videos y fotografías de lo que las autoridades escondían. La experiencia de la libertad informativa posibilitada por el crimen organizado junto a los cibernautas, configuraron otro paisaje, en muchos casos el real distante del maquillaje mediático institucionalizado. La ciudad dejó de ser enteramente nuestra, pasó a convertirse en un territorio apropiado por actores que comenzaron a jugar otros roles, a dar cuenta de otras narrativas. Allí el poder expresado en toda su omnipresencia: como poseedor y dominador del territorio veracruzano. Como bien dice Elsa Blair: “la violencia opera como una fuerza desplazadora que territorializa, desdibuja y transforma los lazos de significado de los individuos con los lugares.” (Blair, 2002, p. 71) La conurbación jarocho y boqueña pasaron a convertirse en un escenario del desaliento para la vida comunitaria: prácticas, hábitos y

costumbres fueron trastocadas por la emergencia de una violencia criminal sin precedentes. Sin duda el espacio urbano observó una transformación, en lo público y lo privado la vida de los ciudadanos porteños se modificó, el derecho a la ciudad ha sido trastocado, quedado en vilo ante la incertidumbre, el temor, la inquietud y las leyendas urbanas que hoy definen una urbanidad que ha quedado bajo sospecha.

Para concluir

Un evento cierra lo que parece el primer ciclo de eventos relacionados con el crimen organizado que, como hemos visto ha trastocado el orden social y generado una experiencia urbana diferente entre los veracruzanos. El 6 de junio son detenidos y trasladados a las oficinas regionales de la PGR junto con el director de la corporación 48 agentes de tránsito, por presuntos vínculos con el crimen organizado y su supuesta participación en el secuestro del agente aduanal Francisco Serrano Aramoni. El 13 de julio de 2009, una persecución y balacera en pleno centro de la ciudad produjo varios muertos –incinerados dentro de los autos perseguidos-, por el fuego cruzado y uso de granadas de fragmentación.

El lunes 27 del mismo mes, la Secretaría de Seguridad Pública federal informó sobre la captura en Veracruz de Jorge Alberto Jiménez González, presunto operador financiero de “Los Zetas”. El 29 de julio fue ejecutado en su domicilio, con todo y su familia, el Subcoordinador operativo de la policía intermunicipal José Antonio Romero Vázquez. A este artero crimen, le sucedieron, la ejecución del comandante Milton Francisco Martínez Fuentes y del ex sub-procurador Juan Carlos Labourdette el 5 de agosto de 2009, quienes presuntamente habían “puesto” a los detenidos y estaban colaborando

⁹ Solo para ilustrar estos dichos, el lector puede consultar en Internet algunas direcciones donde podrá ver videos relacionados con aquellos días de levantones y ejecuciones en Veracruz: joryx.com/video-de-presuntos-sicarios-que-fueron-ejecutados-transmitido-por-tv-azteca/

con la policía federal en detenciones y cateos en la ciudad.

Tras una ola de violencia que culmina con el operativo arriba descrito, un periodo de calma sorprende a los veracruzanos, a no ser por eventos esporádico que siguen presentándose aisladamente. Al parecer son días de guardar, mientras la ciudad y sus habitantes poco a poco vuelven a sus rutinas diarias, a vivir sus costumbres, sus hábitos. En medio de una crisis que azota el país, en Veracruz y Boca del Río, los consumos urbanos se redefinen, la socialización sigue encontrando los espacios para posibilitarse. Las historias y los personajes siguen siendo fragmentos de una trama que aún no conoce el final: la realidad vivida ha sido inevitable, como también la preocupación por lo que pudiera venir después, por esa nueva “identidad urbana” que fue constituyéndose ahora para definir un futuro donde como habitantes podemos seguir cargando en nuestros imaginarios con “el binomio ciudad-miedo” (Blair, 2002, p. 74), para terminar por proyectar y reproducirlas en las prácticas o maneras con que nos relacionamos con este territorio, mismo que fue sorprendido por otra de las formas de entender los paisajes de lo contemporáneo, especialmente al hablar de uno de los rostros más oscuros de la globalización: el crimen organizado y su violencia urbana. Al parecer el espacio público urbano ha vivido un tiempo de resquebrajamiento en muchas de nuestras ciudades, especialmente en la zona norte o fronteriza de México.

En el contexto veracruzano, como se ha planteado, las agendas informativas vivieron una etapa de reordenamiento frente a acontecimientos para lo que no estaban preparados los medios de comunicación, algo que trajo como consecuencia que los propios informadores fueran colocados en una posición vulnerable frente al dilema que

era dar cobertura a estos acontecimientos, pero también vivir los dilemas relacionados con el señalamiento de su posible participación con el crimen organizado.

En la zona conurbada Veracruz-Boca del Río, hay que decirlo, la agenda noticiosa no sólo fue redefinida, en esta coyuntura la serie de eventos plantearon la necesidad de repensar las políticas editoriales para cubrir acontecimientos relacionados con el crimen organizado, pues como siguió observándose hasta finales del 2010, hay signos que dibujan una cierta autocensura impuesta por los propios medios masivos de comunicación, como aquella otra producto de presiones políticas o acuerdos institucionales para no realizar una cobertura matizada de eventos relacionados con el crimen organizado.

Para terminar este ejercicio, no queremos dejar de señalar que una nueva etapa parece vivirse en Veracruz a partir de marzo de 2011: enfrentamientos, balaceras y los muertos han vuelto a tomar por asalto las noches del espacio urbano nortero. El gobierno ha dicho no habrá cabida para la impunidad, no obstante la violencia real y simbólica relacionada al crimen organizado vuelve a hacerse visible y con él la incertidumbre de una población en cuyos imaginarios seguía presente la idea de que el crimen organizado seguía agazapado. Hoy sabe que ha vuelto a tener protagonismo. Mientras los rumores corren, los llamados a la medida, a la precaución, a quedarse en casa por parte de algunas autoridades militares o el llamado de los medios de comunicación para no caer en pánico, conforman las variables, lecturas, narrativas que acompañan la vida cotidiana a la que el ciudadano en Veracruz como de cualquier otra ciudad no tendría que acostumbrarse.

Como es de reconocerse, el fenómeno aquí abordado merece la pena forme parte del análisis académico en

un contexto como el veracruzano, no sólo desde el punto de vista de la reflexión política, periodística sino también como un objeto de interés que para la comunicación, aun cuando por sus aristas, tendría que convocar las miradas interdisciplinarias para abordarlo provisto de mejores recursos. Si bien se entiende lo complejo que esto puede resultar no sólo por lo distante de las líneas de generación y aplicación de conocimientos en los que se mueven los académicos, sino también por lo que políticamente representa para quienes quieran indagar en un fenómeno que se anclaja en una trama de intereses conflictivos frente a lo cual siempre seremos vulnerable.

No cabe duda, hay un territorio fértil del que como estudiosos de la comunicación, la ciudad y los fenómenos urbanos emergentes apenas hemos esbozado en algunas de sus variables; no obstante, creemos necesario seguir allanando al entendimiento de una situación que ha trastocado la vida en la ciudad y puerto de Veracruz, en donde la comunicación como objeto de estudio cobra nuevos derroteros, abre nuevas vetas de

análisis. Por ejemplo, los grados de vulnerabilidad de los constructores de noticias como resultado de un estado de indefensión o inseguridad o autocensura. Ni que decir de aquel que quisiera pasar a un trabajo de campo que le permita explorar en esta realidad para posibilitar hallazgos que coloquen en el umbral de la comprensión la forma en que la sociedad veracruzana construye sus miedos, pero también la forma en que los propios actores de la comunicación hoy definen una agenda informativa que vive cerca de una violencia criminal. Aquí también la construcción del miedo por parte de una población que cotidianamente elabora sus propios relatos producto de un temor impuesto como de los rumores que día a día también pasan revista a ese espacio imaginal que fue sacudido para hoy vivir bajo la inquietud o la sospecha. Sí, dilemas y contradicciones en un contexto urbano que observa las expresiones y los signos de una violencia producto de la presencia del narcotráfico, que en este ejercicio quisimos hacer visible para debatirlo en la academia, aun cuando reconocemos es una veta que recién se ha abierto.

Referencias

- Apadurai, Adejun (2001). *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*. Ediciones Trilce/Fondo de Cultura Económica: Argentina.
- Barco, Virgilio (abril 1989). "El Narcotráfico y la Violencia: Una amenaza mortal a la democracia". Versión en castellano de la intervención del presidente de la República de Colombia, en la sesión de clausura de la reunión anual de la Asociación de Editores de Periódicos de los Estados Unidos. Washington, D.C.
- Beck, Ulrich (2006). *La sociedad del riesgo*. España: Editorial Paidós.
- Blair, Elsa (2002). "La complacencia en el exceso. Las muertes violentas de jóvenes en el conflicto urbano." En *Joven Es*, revista de Estudios sobre Juventud. Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud/ Secretaría de Educación Pública/ Instituto Mexicano de la Juventud: México. (pp. 58-76)
- Briseño-León, Roberto (julio-diciembre, 2002). "La nueva violencia urbana de América Latina", en *Sociologías*. Año 4, No. 8, Porto Alegre, pp. 34-51. Obtenido el 25 de septiembre de 2009 desde: <http://www.scielo.br/pdf/soc/n8/n8a03.pdf>.
- Buscaglia, Edgardo (2008). "Políticos y empresarios, detrás de La Familia: advierte analista". Obtenido el 20 de julio de 2009 en <http://www.eluniversal.com.mx/notas/613590.html>
- Carvajal Panesso, Alberto (2008). "Dinámicas de violencia urbana: la geoestrategia de los actores del conflicto". Universidad Santo Tomás. Obtenido el 7 de octubre de 2009 desde: <http://www.ucpr.edu.co/desarrollohumanoy paz/old/modulos/encuentrosnacional es/lasotrasviolencias-laotrapaz/kAlbertoCarvajalPanesso.pdf>
- Castells, M. (2001). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol. II, el Poder de la identidad*. 3ª. Edición. Siglo XXI editores: México.
- Centro de Investigación para el Desarrollo A.C. (Agosto, 2009). "Índice de Incidencia Delictiva y Violencia 2009". En línea: www.cidac.org.
- Centro de Investigación para el Desarrollo, A.C. (agosto, 2009) "Índice de Incidencia delictiva y Violencia 2009". Obtenido el 18 de abril de 2010 en <http://international.iupui.edu/mexico/IncidenciaDelictivaViolencia2009.pdf>
- Consulta Mitofky, México Unido contra la delincuencia A.C. (agosto 2009). *A un año de la firma del acuerdo nacional por la seguridad, la justicia y la legalidad. Encuesta nacional en viviendas, México*.
- Del Olmo, Rosa (Mayo-Junio 2000). "Ciudades duras y violencia urbana". En *Nueva sociedad*, No. 167 2000, pp. 74-86. Obtenido el 28 de octubre de 2009 desde: <http://www.insumisos.com/lecturasinsumisas/Ciudades%20duras%20y%20violencia%20urbana.pdf>.
- Delgado Ruiz, Manuel (2002) "Antropología del espacio urbano". En *Revista de antropología experimental*, No. 2 Obtenida el 29 de abril de 2010 en <http://www.ujaen.es/huesped/rae/RAE%201%20y%202.pdf>
- El país.com (2008). "Calderón reconoce que la mitad de los policías mexicanos son «no recomendables»". Obtenido el día 28 de julio de 2009 en

- http://www.elpais.com/articulo/internacional/Calderon/reconoce/mitad/policias/mexicanos/recomendables/elpepuint/20081128elpepuint_3/Tes
- Gómez, Luis E. (2004). "Sociología de la violencia. El secuestro, empresa parapolicial." [pp. 103-211] En: Papeles de población, abril-mayo. No. 040 México: UNAM/UAEM. En:
<http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=11204011#> [20/03/11]
- Guzmán B., Álvaro (1990). "Sociología y violencia". Documento de trabajo. Cali, Colombia: Universidad del Valle/ Facultad de Ciencias Sociales y Económicas/ Departamento de Ciencias Sociales. Obtenido el 10 de marzo de 2011 en <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/colombia/cidse/doc7.pdf>
- Ianni, Octavio (1996). La sociedad global. Colombia: Siglo XXI Editores
- Instituto Ciudadano de Estudios sobre la Inseguridad (2009) VI Encuesta Nacional de Inseguridad, en
<http://www.icesi.org.mx/estadisticas/estadisticas_encuestasNacionales_ensi6.asp>
- Instituto Ciudadano de Estudios sobre la Seguridad, A.C. (2008). Quinta Encuesta Nacional sobre Inseguridad 2008. Resultados. Cuadernos del ICESI-1. Obtenido el 29 de marzo de 2009 en
http://www.icesi.org.mx/documentos/propuestas/cuadernos_icesi.pdf.
- Jiménez, Marco A. (2007). "Hacia una crítica de la violencia" [pp. 17-62]. en Jiménez, Marco A. [edit.] *Suversión de la violencia*. México: UNAM/Casa Juan Pablos, Centro cultural, S a. De C. V.
- Jiménez, Raymundo. "Al pie de la letra". Obtenido el día el día 29 de julio de 2009 en <http://www.alcalorpolitico.com/noticias.htm>.
- Laguna, Manuel (2010). "Sin trabajar ni estudiar, 7.5 millones de jóvenes: Narro". Obtenido el 3 de mayo de 2010. En
<http://www.noroeste.com.mx/publicaciones.php?id=547497>.
- Malgorzata Polanska (mayo, 2009). "Violencia organizada en México. Un estudio sobre la violencia organizada en la zona fronteriza norte de México". Obtenido el 25 de mayo de 2010 en
<http://www.seguridadcondemocracia.org/biblioteca/violenciaorganizada.pdf>
- Organización Panamericana de la Salud (2003). Informe mundial sobre la violencia y la salud. La violencia, un problema mundial de salud pública. Capítulo 1. Obtenido el 28 de marzo de 2010 en
http://whqlibdoc.who.int/publications/2003/9275315884_chap1_spa.pdf.
- Petrella Laura y Franz Vanderschueren (2003). Ciudad y violencia, Seguridad y ciudad. En Balbo, Marcelo, Ricardo Jordán y Daniel Simioni [comp.] La ciudad inclusiva. CEPAL: Santiago de Chile. Obtenido el 19 de septiembre de 2009 desde: http://www.unhabitat.org/downloads/docs/1843_95496_cepal.pdf.
- Ravelo, Ricardo (2009). Entrevista radiofónica para la XEW transmitida el 24 de septiembre de 2009.
- Reguillo, Rossana (2005). "Ciudades y violencia. Un mapa contra los diagnósticos fatales". En Reguillo, Rossana y Marcial Godoy Anativa [editores]. Ciudades translocales: espacio, flujo, representación. Perspectivas desde las Américas. México: ITESO/SSRC.
- Tedesco, Laura (febrero 2009). Un desafío al fortalecimiento institucional, el caso de América Latina. En Working paper 78. Fundación para las relaciones internacionales y el diálogo exterior. Obtenido el 11 de octubre de 2009 en www.fride.org/.../WP78_Violencia_urbana3_ESP_mar09.pdf.

- Thompson, John B. (1998). Los media y la modernidad. Teoría de los medios de comunicación. España: Editorail Paidós.
- Zavaleta Betancourt, José Alfredo (2009). "La seguridad pública en Veracruz". En: Servicio Informativos Profesionales. Obtenido el 2 de abril de 2011 en http://www.spiveracruz.info/index.php?option=com_content&view=article&id=5233:la-seguridad-publica-en-veracruz&catid=5:perfil-1 [18/04/11]

Genaro Aguirre Aguilar es Maestro en Comunicación por la Universidad Veracruzana, doctor en Sociedades Multiculturales y Estudios Interculturales por la Universidad de Granada. Profesor de Tiempo Completo adscrito a la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la UV. Miembro del Cuerpo Académico Entornos Innovadores de Aprendizaje, donde cultiva la LGAC "Gestión y mediación educativa", en la maestría en Didáctica de las Ciencias Sociales, programa del que ahora es coordinador. Correo electrónico: geaguirre@uv.mx.

Edgard González Suárez es Sociólogo por la UNAM, maestro en Comunicación por la Universidad Veracruzana. Profesor de Tiempo completo adscrito a la facultad de Pedagogía región Veracruz. LGAC que cultiva "Sociología de la comunicación política". Actualmente es coordinador del Grupo de Investigación Comunicación y Estudios Emergentes (CYESEM). Correo electrónico: cicades@hotmail.com.

Artículo recibido: 13 de diciembre de 2010

Dictaminado: 25 de marzo de 2011

Aceptado: 22 de abril de 2011